

## INTRODUCCIÓN

Los seis textos sobre la Independencia de la América hispánica que presentamos aquí no pretenden obviamente ofrecer un entero panorama de las investigaciones actuales sobre el tema y ni siquiera un muestreo de las diferentes maneras en que se está abordando de nuevo el tema de las independencias. La tarea sería ardua ya que, después de haber sido postergada durante varias décadas, estamos asistiendo desde hace unos años a un renacimiento espectacular de la historia de este periodo. Las razones que explican este fenómeno están muy ligadas a la evolución general de la manera de hacer historia y al surgimiento de una historia política y cultural renovada, atenta a los actores, a los imaginarios, a las prácticas sociales, a las formas de identidad; una historia también que, mucho más que la historia económica y social tan largo tiempo dominante, se interesa por las rupturas, por los acontecimientos que, como la revolución francesa o la rusa, abren nuevas épocas históricas por sus imaginarios, lenguajes y prácticas políticas inéditas.

En todos estos sentidos, la época de las Independencias es un periodo clave no sólo en la historia del mundo hispánico, sino en la historia de la Humanidad. En quince años se desintegra ese conjunto político multiseccular que era la Monarquía hispánica en una pluralidad de nuevos estados que fundan su existencia en la soberanía de la nación y adoptan los principales elementos de la política moderna. Hay aquí un proceso singular tanto por su precocidad, pues sólo Francia y los Estados Unidos la han precedido en esta vía, como por su carácter imprevisible, pues nada dejaba preverlo en 1808. Proceso tanto más paradójico cuanto que la modernidad social, económica y cultural del mundo hispánico, aunque mayor de lo que se cree, no era sin duda la más fuerte del mundo euroamericano. Por eso, este proceso es un objeto histórico de primera magnitud, un campo privilegiado para estudiar la articulación entre las estructuras y las coyunturas, las continuidades y las rupturas, la inercia de lo social y la variabilidad de lo político. El mundo hispánico de la revolución liberal y de las independencias es un verdadero laboratorio para el estudio de la modernidad política.

Esta es la óptica en la que se sitúan los ensayos recogidos aquí: restituir a la Independencia su carácter problemático, incierto, inédito, abandonando las visiones teleológicas que durante tanto tiempo han hecho de ella la consecuencia ineluctable de un conjunto de causas conocidas. Toda esta época, comenzando por las abdicaciones de los Borbones en Bayona en 1808, está llena de acontecimientos imprevisibles, de situaciones nunca vistas, de problemas en los que nunca se había pensado. Por eso, la comprensión de estos fenómenos supone por parte del historiador, primero, un esfuerzo continuo para compartir los traumatismos y las complejidades de los actores, su manera de percibir las nuevas situaciones, los problemas que intentan resolver —que no son necesariamente los que nosotros pensamos—, y los recursos —materiales o mentales— de los que disponen para ello.

Buen ejemplo de este tipo de análisis es el que realiza aquí Federica Morelli sobre los imaginarios y los proyectos políticos que subyacen a la formación de las juntas de Quito. Más allá de la perspectiva clásica de las «bases ideológicas de la Independencia», se trata aquí de situar el discurso político de las elites quiteñas en relación tanto con las prácticas políticas del Antiguo Régimen, como con los modelos políticos clásicos o modernos de los que disponen para afrontar el problema de la acefalía regia. Convencidos de sus derechos a un gobierno autónomo, los quiteños van a defenderlo no sólo apelando a teorías escolásticas o iusnaturalistas, sino teorizando el gobierno de la Monarquía española como un gobierno mixto —la combinación del gobierno de uno solo, de los pocos y de los muchos— tan de moda en la Italia renacentista, en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII o en los escritos de Montesquieu. Como parte que son de las elites euroamericanas, los letrados de Quito se sitúan también en una "tradición republicana" que no es tanto entonces la de la Revolución francesa sino un republicanismismo de ciudades, lo que les permite tomar como modelo las Provincias Unidas o Suiza, y combinar en la Constitución de 1812, la república, la confederación y su permanente reconocimiento del rey Fernando VII.

Todos los fenómenos de esta época son incomprensibles si no se combina lo local con lo global —el conjunto de la Monarquía y mas allá el mundo euroamericano en su conjunto—. Muchas páginas hemos dedicado ya en otros lugares a explicar que las independencias son la consecuencia final, y en parte aleatoria, de una crisis global de la Monarquía. Lo que analizamos aquí, en el artículo "Voces del pueblo", es la tipología de los escritos de la primera época de la Independencia, sus lugares de producción, —geográficos y sociales— las redes por los que circulan y sus diferentes funciones. Al lado de la muy numerosa producción de impresos provocada por la crisis, hay que contar con toda una literatura en gran parte olvidada, una inmensa producción de manuscritos de todo tipo salidos de las elites o del pueblo: disertaciones políticas, diálogos satíricos, canciones y poemas, catecismos políticos, pasquines, libelos, panfletos, hojas volantes, cartas. Estos escritos, impresos o manuscritos, son a veces elementos de una naciente opinión pública y muchas otras armas en una guerra civil. Se pueden así recons-

truir las redes humanas que estructuran el mundo hispánico, la comunidad original de valores y referencias políticas, la progresiva divergencia entre realistas y patriotas, las mutaciones de la identidad que estos debates van provocando, sin que aún en 1814 el mundo hispánico haya cesado de ser un vasto espacio de comunicación y de opinión que se extiende a los dos continentes.

Entre los problemas esenciales que las dos partes de la Monarquía comparten, está el de la construcción de una nueva representación política, consecuencia de la desaparición del rey. La reversión de la soberanía al cuerpo político es el eje central de la crisis, la que provoca no sólo la ruptura entre la Península y América, sino también la fragmentación política de la América hispánica. Geneviève Verdo lo estudia aquí para el Río de la Plata. La representación no sólo une necesidad —la legitimación de los nuevos poderes— sino que también es un motivo y un arma de la tensión entre Buenos Aires y las ciudades-provincias. Así se explica la sucesión de disposiciones electorales, de juntas y de congresos que jalonan las diferentes etapas de la revolución rioplatense que son otras tantas manifestaciones de un equilibrio precario entre la antigua capital del virreinato y los «pueblos», que reivindicán también sus derechos soberanos. Pero la representación no se limita a la representación electoral, sino que utiliza también formas antiguas, entre las cuales la puesta en escena del patriotismo de guerra sirve tanto para afirmar la dignidad de las ciudades como para cimentar la unidad moral del conjunto, inalcanzable aún políticamente.

La guerra —ya evocada varias veces— es, con la soberanía y la representación, el otro fenómeno central —y muy poco tratado aún— de la Independencia. La guerra y lo militar, no en la óptica heroica de las gestas libertadoras, sino como realidad omnipresente y permanente desde 1809 en toda la América hispánica. Una guerra que empieza en Nueva España como una revuelta social y en Sudamérica como una guerra civil entre ciudades por la preeminencia y acaba en una guerra de liberación contra un enemigo que entretanto se ha convertido en extranjero. Hemos privilegiado aquí los aspectos políticos en detrimento de otros no menos importantes —financieros, geoestratégicos, sociales— que no se tratan aquí más que de pasada.

La visión que Juan Ortiz Escamilla nos ofrece de la insurgencia y de la guerra en la provincia de Veracruz es un buen reflejo de la especificidad de la insurgencia novohispana con su movilización masiva, extremadamente rápida y caótica de una multitud de actores sociales. Las múltiples tensiones sociales y políticas de una sociedad traumatizada por terribles crisis económicas y frumentarias, estallan en un lucha confusa de todos contra todos. La diversidad geográfica y étnica de la provincia de Veracruz da lugar a tomas de posición muy diversas en las que juega un papel considerable el cuestionamiento de las jerarquías políticas territoriales de los pueblos; de ahí la importancia que tiene la erección de los ayuntamientos constitucionales gaditanos para calmar provisoriamente el conflicto. Pero no es sólo el constitucionalismo gaditano el que modifica definitivamente la estructura

política de la región, sino también el armamento de toda la población, la constitución de milicias locales tanto realistas como insurgentes, con un fuerte contenido de representación y de autonomía políticas de las comunidades locales. El México independiente heredará de la guerra este municipalismo radical que planteará continuos problemas a la construcción del Estado y de la nación moderna.

En contraste con la Nueva España, donde la iniciativa está siempre del lado de la sociedad en toda su heterogeneidad, la guerra en Venezuela y Nueva Granada, aunque también acabe llevando a una muy amplia movilización social, es inseparable de la política de las elites y de los regímenes republicanos que ellas fundan.

Veronique Hébrard aborda, para Venezuela, la articulación entre el ciudadano y el soldado, relación que hasta nuestros días marca el imaginario venezolano. Como en otros campos de esta época de cambios rápidos y de hibridaciones múltiples, el ciudadano dista mucho de ser una figura simple. El papel central de las ciudades en la primera época de la Independencia que tan importante es en las primeras constituciones republicanas, se refleja también en la concepción de la ciudadanía. El primer ciudadano es el vecino, el patricio, el miembro de la república urbana, consciente de sus derechos y sus deberes, dignidad de la que está excluida la mayor parte —parda— de la población. Él es, como en las repúblicas antiguas, el defensor por excelencia de la patria: el ciudadano-soldado es el ideal de la Primera República; pero ideal poco operativo ante la presencia cada vez mayor de la guerra y la reticencia de los pueblos al enrolamiento. La necesidad de cuerpos veteranos, de un ejército permanente, lleva a la movilización del bajo pueblo y como recompensa a ofrecerles la dignidad del ciudadano. Más aún, la evolución de la guerra con las victorias realistas va a hacer de las dispersas fuerzas republicanas, la única encarnación de la patria. El soldado, sea cual sea su origen social, es el único verdadero ciudadano y el imaginario de la patria se construye alrededor de sus gestas. Identificación muy operativa mientras dura la guerra, pero que plantea problemas sociales y simbólicos considerables al llegar la paz, puesto que la necesaria «civilización de la política», la vuelta al ciudadano-soldado, lleva consigo la postergación social de los militares que son los forjadores de la patria.

La guerra es para Clément Thibaud no sólo la tela de fondo de la política, sino la variable explicativa central de la aparición en Venezuela y Colombia de un extraño régimen político, a la vez liberal por sus principios y no liberal en su práctica: el cesarismo bolivariano. En su origen está la necesidad de enraizar y socializar la nueva legitimidad, la soberanía del pueblo. El problema es considerable y también lo conoció la Francia revolucionaria: ¿cómo darle a la soberanía un carácter incuestionable, cuando su nueva base es contractual y la «virtud» republicana casi inexistente en un pueblo impregnado de valores e imaginarios del Antiguo Régimen? Con él vamos siguiendo paso a paso, según las fases de la guerra, la solución que Bolívar va a dar al problema: hacer del ejército, con sus

jerarquías no contractuales, el nuevo pueblo que encarna a una nación virtual. Se trata ciertamente de una solución centralista y autoritaria pero que no es un régimen de facto, puesto que las instituciones liberales coexisten con la pirámide de las autoridades militares y sus prerrogativas de excepción. La construcción es operativa para ganar la guerra pero está llena de contradicciones para el porvenir.

En todos los casos, los nuevos países no son los herederos directos de la Colonia, sino de este periodo de profundas mutaciones políticas, de dislocación política y de enfrentamientos bélicos que fue la época de la Independencia.

*François-Xavier Guerra*  
Universidad de París I-Sorbona